

cripción de los sentimientos de Pusey hacia la Iglesia Romana (162 s.); el estudio de su talante pastoral (227 s.); las etapas de su evolución espiritual (237 s.); el análisis de sus coincidencias y diferencias con Keble y Newman en asuntos políticos (290 s.), etc.

Es precisamente el estudio más prometedor y ambicioso en su título —I. L. Frappell: «*Science*» in the Service of Orthodoxy: The early intellectual Development of E. B. Pusey— el que resulta menos convincente. Se tiene la impresión de que el autor ha tratado de construir a toda costa con sus materiales una tesis preconcebida. Se nos presenta a un Pusey imbuido de protestantismo que, después de lograr un *feliz equilibrio* entre libre examen y credo de la Iglesia con ayuda de una cierta *mediación* patristica, tiene la debilidad de aceptar —por influencia de Newman— una instancia de autoridad eclesial para interpretar adecuadamente la S. Escritura y conocer la Revelación sin errores.

A pesar de las afirmaciones del trabajo es imposible convencerse de haber encontrado al Pusey real, es decir, al Pusey anglocatólico. Lo que el autor estima un deterioro de su personalidad religiosa es precisamente una cima en su desarrollo espiritual y teológico. Hay que añadir desde luego que Pusey concebía el Movimiento de Oxford como algo estacionario, y que esta convicción, entre otros factores, le impidió seguir a Newman hasta el final.

JOSÉ MORALES

Matthias BUSCHKÜHL, *Great Britain and the Holy See, 1746-1870*, Dublin, Irish Academic Press, 1982, 260 pp., 15 × 22,5.

Es ésta la primera monografía completa que se publica sobre el no muy conocido tema de las relaciones entre el gobierno británico y la Santa Sede, desde la final derrota diplomática de la casa Estuardo —ocurrido en 1746 con el reconocimiento papal de Jorge II Hannover como soberano de Inglaterra—, hasta la terminación del poder temporal pontificio en 1870.

El autor es profesor en la Universidad católica de Eichstätt (Baviera). La relativa distancia geográfica y cultural no le han sido obstáculo para introducirse con gran competencia en un asunto cuyo estudio había sido hasta el momento monopolizado por historiadores anglosajones modernos, no siempre en beneficio de la objetividad. Aunque el autor nos ofrece un capítulo más de *Realpolitik* de los muchos que componen la historia europea, lo hace con el fino sentido de quien sabe que no observa una historia ordinaria. El libro destaca en todo momento por su correcta presentación de los datos, su valoración ecuánime y la voluntad de diferenciar entre oportunismo y coherente política de ideas, a la hora de enjuiciar hechos y conductas.

La historia de las peculiares relaciones que aquí se narran debe nece-

sariamente sorprender a muchos lectores no iniciados en el laberinto de la diplomacia oficiosa inglesa del siglo XIX. Pero la complejidad del tema resulta muy simplificada en este caso por el hecho de que los acontecimientos que desfilan ante el lector expresan siempre la voluntad británica de pacificar y controlar la católica Irlanda a través de Roma. Esta es la constante que unifica el relato y que se mantiene por encima y por debajo de las crisis y variaciones que eran de esperar en el diálogo diplomático de dos poderes con intereses globales tan distintos y casi siempre contrapuestos.

El frente común contra Napoleón y el buen entendimiento personal entre Pío VII y Jorge IV explican las positivas relaciones con que Londres y Roma inician el siglo XIX. El prestigio europeo de la Sede Apostólica saldría reforzado del Congreso de Viena (1814), pero al mismo tiempo Roma habría de reconocer a la corona británica como soberana legítima de los católicos irlandeses. Comienza así una delicada relación triangular en la que Roma, el gobierno inglés y los nacionalistas irlandeses —Daniel O'Connell y parte del Episcopado— son cada uno los protagonistas de un arduo e intransferible cometido.

El relato hilvana hábilmente los hilos de esta historia, cuyos momentos más decisivos son el *bill* de unión de Irlanda a Inglaterra en 1801 y la consiguiente agitación que llega en ocasiones a la abierta rebeldía, la emancipación civil católica de 1829 y los preparativos del «desestablecimiento» de la iglesia Anglicana en Irlanda, propuesto y logrado por Gladstone en 1871.

El lector podrá conocer textos de sumo interés sobre el maquiavelismo gubernamental inglés del momento, que en vísperas del Concilio Vaticano I defiende y apoya el poder temporal pontificio con el único fin de mantener un presunto desprestigio de la Sede Apostólica ante el mundo moderno (cfr. p. 146 s.). Así escribía, por ejemplo, Lord Clarendon a Russell en junio de 1869: «I hope that the dogmas and doctrines to be pronounced will be to the last degree extravagant»; y a Gladstone en 1870: «I do not wish the we should be regarded as enemies by the Papal court whose good will may be more or less useful to us in Ireland» (p. 154).

En otro orden de cosas, el autor llama la atención con textos elocuentes, anteriores a 1869, sobre los sentimientos y tendencias antipapales de Döllinger (cfr. pp. 134, 139, 141) y su desprecio hacia todos los católicos que no compartían sus ideas no infalibilistas. «Cuanto más disputado sea el dogma —escribía a Lord Acton, en diciembre de 1869—, tanto más necesario será lograr un consenso abrumador de cinco continentes y de negros, malayos, chinos, hotentotes, italianos y españoles» (p. 164).

Se afirma por el autor que Disraeli, fallecido en abril de 1881, murió católico. Y leemos que en enero de 1982 fueron reestablecidas las relaciones diplomáticas completas entre el Reino Unido y la Santa Sede.

JOSÉ MORALES